

obra, espero no la concluirán sin sacar algún provecho. Comparando esta hermosa vida, transfigurada, digámoslo así, y fecundizada por el espíritu de generosidad y de fortaleza, con la vida sensual y estéril que se tiene en el mundo, la paz de la una con las tristes agitaciones de la otra, y aun, si se quiere, los sacrificios de ésta con las mayores alegrías de la otra, se sabrá al menos en qué lado se encuentra la dicha del alma, y, lo que vale más, su elevación, su fortaleza, su fecundidad, en una palabra, su verdadera grandeza.



VIDA
DE
SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT
DE CHANTAL
Y ORIGEN DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

Ó SEA

del Instituto de las Hijas de San Francisco de Sales, llamadas vulgarmente en España Religiosas Salesas.

—*—
CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento de Santa Juana Francisca: su adolescencia: primeros años de su juventud.

—
1572-1592

ME llamo Juana Francisca Fremiot, denominada comunmente de Chantal; nací en Dijón, ciudad capital del ducado de Borgoña y tengo cincuenta y cinco años. Soy hija del Sr. D. Benigno Fremiot, Presidente del Parlamento (1) de Dijón, y de la señora doña Margarita de Berbisey.

Así es como la Santa, cuya vida voy á contar, declaraba por sí misma su nombre y nacimiento en presencia de los Comisarios Apostólicos, reunidos en Annecy para el proceso de canonización de San Francisco de Sales. Se ve que nació en Dijón, en esa ciudad, ilustre en la

(1) Dan en Francia el nombre de Parlamento ó Corte de justicia á lo que en España se llamaba antes Real Chancillería, y ahora llamamos Audiencia territorial, ó tribunal de justicia de un territorio. (*Nota de la traductora.*)

Edad Media por el nacimiento de San Bernardo, y después por el de Bossuet, y que había nacido en 1572, pues que en 1627 declaraba tener cincuenta y cinco años; en fin, que pertenecía á una familia que llevaba la toga con el honor y la fortaleza de la antigua sociedad francesa.

La familia de los Fremiot, ocupaba, en efecto, un lugar distinguido é importante entre la nobleza de Borgoña. Largo tiempo desconocida, no se la ve salir de la obscuridad sino en la primera mitad del siglo XV (1), y

(1) Algunos historiadores han supuesto que la casa de los Fremiot era de los primeros tiempos del cristianismo en las Gaulas, y que entre los paganos convertidos y bautizados por San Benigno, Apóstol de Borgoña, había algunos miembros de esta familia. Pero esta es una de esas falsas leyendas de que debe desconfiar el historiador, que en nada se apoyan, y de las que, como aquí particularmente, se puede manifestar el origen de donde nacen. La madre de Chaugy, que fué la primera que escribió las Memorias sobre Santa Juana Francisca, dice en 1642, hablando de su patria y familia: *Los antepasados paternos de esta bienaventurada madre, fueron de los primeros fundadores del augusto Parlamento de Dijón, ciudad muy antigua, capital de Borgoña, y una de las primeras iluminadas con los sagrados rayos de la fe católica por el glorioso San Benigno.* (Memorias, p. 1.) La frase es clara, y no cabe ninguna anfibología. El Ilmo. Sr. de Maupas, á quien se comunicaron estas Memorias, inéditas aún, copia este párrafo y lo embrolla: *Santa Chantal—dice—era de la muy noble estirpe de los Fremiot, descendientes de las mejores y más antiguas familias de la Borgoña, habiendo sido los primeros fundadores de este ilustre Parlamento de Dijón, ciudad capital de la provincia, y de las primeras iluminadas con los sagrados rayos de la fe católica por el glorioso San Benigno.* (Vida de la venerable Madre de Chantal, por el Ilmo. Sr. de Maupas, p. 3.) La frase no conserva ya la misma claridad. ¿Quién es el que ha sido iluminado con los sagrados rayos de la fe? ¿Es la noble estirpe de los Fremiot? ¿Es la ciudad de Dijón? Con un poco de atención se comprende bien, pero es fácil engañarse. Un canónigo de Autún, N. Levesque, predicando en 1687 el panegírico de la Condesa de Toulangeon, se equivoca completamente. *La casa de los Fremiot—dice—no hace tanto ruido en el mundo como otras muchas casas, pero tiene grandes y hermosas distinciones. Es la primera casa cristiana de su país. Son los primeros bautizados por mano de San Benigno, uno de los primeros Apóstoles de Borgoña.* (Oración fúnebre de la Condesa de Toulangeon, por N. Levesque, canónigo de Nuestra Señora de Autún.) De esta manera nacen los errores históricos, que repiten después sin estudiarlos todos los historiadores.

lo que es más raro y hermoso, es que salió de esta obscuridad á fuerza de virtudes. Su probidad fué la que la ennobleció. Desde el tiempo de Enrique III, los Fremiot en la cumbre de los honores ponían en su blasón esta divisa, un poco altiva, pero que resume sus aspiraciones: *Sic virtus super astra vehit.* « Así es como la virtud eleva sobre los astros. » (1)

El primero de la familia de quien tenemos alguna noticia es Renato Fremiot, oidor de cuentas en Dijón en 1518, y bisabuelo de nuestra Santa, el cual « era un modelo de justicia y de virtud, padre de los pobres y refugio de los afligidos. » (2). Su hijo, Juan Fremiot, entró en el Parlamento, y añadió á su título de Consejero el de Señor de Thotes y de Barrain en parte. La fortuna le sonreía, pero no disminuía su energía ni su fe. « Todos los días, por mañana y tarde, sin faltar á ello jamás, hacía una exhortación á sus hijos y criados, como para que les sirviese de antídoto y preservativo contra los errores de Lutero y de Calvino; y no contento con esto iba á las tertulias, donde, juntándose con sus amigos, hablaba con celo y fervor admirable de las verdades que enseña la Iglesia romana. » (3) Con esto se co-

(1) *El Parlamento de Borgoña*, por P. Paillot, Dijón, 1649, 1 vol. en folio, página 87. He aquí las armas del Presidente Fremiot: *El escudo tenía tres mirlos pequeños de plata sobre fondo azul, dos en la parte superior y otro debajo, coronados con tres estrellas de oro puestas del mismo modo, pero las dos superiores sobre gules con una faja de plata. Por cimera un mirlo negro.* Divisa: Así es como la virtud eleva sobre los astros: *Sic virtus super astra vehit.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy, acerca de la vida y las virtudes de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, publicadas por el Abate Boulanger: segunda edición, París, 1845, un volumen en 8.º, página 2. Citaremos siempre esta segunda edición.

(3) *Memoria de la Madre de Chaugy*, p. 1. Hay aquí en estas Memorias tan interesantes, y que copiamos sin cesar, algunas inexactitudes. La Madre de Chaugy confunde los nombres. El abuelo de Santa Juana Francisca se llamaba Juan y no Renato. Este no había ocupado los primeros cargos en el Parlamento; era oidor de cuentas. En cuanto á lo que dice que los antepasados paternos de Santa Juana fueron los

nocerá la sangre fervorosa que iba á correr por las venas de Santa Juana Francisca.

Este Juan Fremiot casó con Guillermina Godrán, y tuvo de ella cuatro hijos y una hija. El mayor, Claudio Fremiot, Señor de Is-sur-Tille, consejero del Rey, fué largo tiempo Presidente de la Contaduría ó Tribunal Mayor de Cuentas de Dijón. Tendremos muchas veces ocasión de hablar en esta historia de este caballero sencillo y bueno. Vivía en Dijón en un palacio que subsiste aún, y que los cristianos visitan mirándole como si fuera una reliquia, por haberse encontrado en él muchas veces San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca (1).

El segundo, Andrés Fremiot, Consejero en el Parlamento, murió joven; no encontraremos su nombre otra vez en esta historia. El tercero, Benigno Fremiot, fué padre de nuestra Santa. Sucesivamente abogado general, Consejero del Rey, Presidente del Parlamento de Borgoña, alcalde de Dijón, eclipsó á todos sus antepasados por la importancia del papel político que hizo, y por la grandeza singular de su carácter. El cuarto, Juan Fremiot, entró religioso en la Abadía de San Benigno de Dijón, y fué después Prior del monasterio Benedictino de Val de-Choux, cerca de Chatillon-sur-Seine. Además de sus cuatro hijos, Juan Fremiot tuvo también una hija llamada Mícaela Fremiot, que casó con Juan le Compaseur, Presidente de Rentas, la cual murió joven y sin sucesión (2).

primeros fundadores del Parlamento de Dijón, es un error. No se encuentra ningún Fremiot en la lista de los magistrados nombrados por Luis XI cuando se estableció el Parlamento de Borgoña. En cambio se encuentra un Berbisey; es decir, uno de los antepasados maternos de la Santa. De esto proviene la equivocación de la Madre de Chaugy, copiada aquí, como siempre, por el Ilmo. Sr. Maupas.

(1) Este palacio está situado en la calle Jeannin, núm. 1. Por equivocación creen algunas personas que Santa Juana Francisca nació en él. (Mírese al fin del volumen la nota núm. 2.)

(2) Véase al fin del volumen el cuadro genealógico de la familia

La familia de Berbisey no era menos noble que la de Fremiot, y era más antigua. Se encuentra ya el nombre de Berbisey en la lista de Magistrados nombrados por Luis XI cuando creó el Parlamento de Borgoña. Y después esta familia, cuyas alianzas eran considerables, no había cesado de dar alcaldes á la ciudad de Dijón, Consejeros al Parlamento de Borgoña, Obispos y Abades á la Iglesia. Pero lo que aumentaba incomparablemente el lustre de esta casa era que, en las venas de los Berbisey corrían algunas gotas de la sangre de San Bernardo. En 1378, las dos familias se habían unido por el matrimonio de Pedrito de Berbisey con Odea de Normand, de la familia del Santo Abad de Claraval (1).

Si insistimos en estos datos, no es, según la juiciosa observación de uno de los primeros biógrafos de nuestra Santa, «para hacer ostentación de las cosas de que el mundo se vanagloria, sino porque creemos justo buscar primero la raíz del árbol precioso de cuyos frutos vamos á disfrutar.» (2)

En 1572, en el momento en que empieza esta historia, el Sr. D. Benigno Fremiot y Margarita de Berbisey, casados hacía dos años (3), vivían en Dijón, en una casa

Fremiot, núm. 1. Véase también en los archivos generales del departamento de la Cote d'Or, una noticia desgraciadamente poco exacta sobre esta misma familia. (Libro de armas y blasones del Tribunal mayor de Cuentas, pág. 56.)

(1) Véase la *Oración fúnebre de la Condesa de Toulangeon*, de que se habló antes. El autor, al publicar su discurso, le añadió piezas justificativas, que hacen de él un documento muy curioso. En particular, trae un título en latín, de Juan de Marigny, Abad de San Esteban de Dijón, del 6 de Mayo de 1378, que atestigua esta unión de la familia de Berbisey con la de San Bernardo.

(2) *Memoria de la Madre de Chaugy*.

(3) *Libro de armas y blasones del Tribunal mayor de cuentas*, pág. 56. «Benigno se había casado en 1570 con Margarita de Berbisey, hija de Claudio, primer Consejero del Tribunal mayor de cuentas.» No hemos encontrado en ninguna otra parte esta fecha del matrimonio del señor de Fremiot.

que ha desaparecido después, y cuyo sitio sería hoy muy difícil determinar (1). Nuestra Santa nació en ella el 23 de Enero de 1572, un martes, entre siete y ocho de la mañana. Su padre, muy cristiano y lleno de fe viva, quiso que al instante se llevase su hija á la iglesia para que la bautizasen (2); y como este día se celebraba la fiesta de San Juan el Limosnero, la hizo poner el nombre de Juana, por una de esas antiguas costumbres de la Edad Media, tan tiernas y tan profundas á un tiempo. Tenía ya otra hija llamada Margarita, que casó después con el Barón des Francs. Su hijo menor, Andrés Fremiot, fué Arzobispo de Bourges, y uno de los más queridos amigos de San Francisco de Sales.

Juana, como la llamaremos desde ahora, nunca conoció á su madre, al menos no la vió sino en esa edad en que puede decirse que aún no tiene memoria el corazón. La señora de Fremiot murió en la flor de su edad, del parto de Andrés, su tercero y último hijo. Fué sentida de todos, y muy particularmente de los pobres, que la acompañaron á su última morada llorando y llamándola entre sollozos y gritos su bienhechora (3). Juana tenía entonces dieciocho meses. Generalmente parece falta algo á los niños que no han crecido sobre el regazo materno. Son plantas que no las ha dado el sol. Pero

(1) Véase al fin del volúmen la nota 2.^a

(2) La fe de bautismo de la Santa ha desaparecido, sin que las más minuciosas diligencias y las más exquisitas indagaciones hayan podido encontrarla. Parece que en 1722 ya no existía, pues los Comisarios Apostólicos, encargados de principiar el proceso de canonización, no habiendo podido adquirir este documento, hicieron una información especial respecto al punto del bautismo de la Santa. *Y para suplir la falta de la partida de bautismo que no se pudo encontrar*, se hicieron presentar un certificado del Ilmo. Sr. Obispo de Langres, con fecha 12 de Febrero de 1710, por el cual certifica que los moradores de la ciudad de Dijón profesan la Religión Católica, y que todos los niños están bautizados. Sin embargo de todo esto, no se dejó de oír sobre este punto á gran número de testigos. (*Proceso de beatificación*, 3 vol. en fol., pág. 674.)

(3) Declaración de la Hermana Francisca Benigna Dorlier.

Dios, que destinaba á nuestra Santa para tan grandes cosas, quiso sustraerla de intento á las caricias de su madre, á fin de que su educación fuese enteramente viril, preparándola en el Presidente Fremiot, un hombre de un temple vigoroso, capaz de imprimir en su alma esa vida de fe, de generosidad y sacrificio de que debía dar tan bellos ejemplos en el siglo XVII.

El Presidente Fremiot poseía, en efecto, en alto grado, todas las cualidades propias para esta gran misión. En el Parlamento se admiraba su grande entendimiento, la rectitud de sus dictámenes (1) y juicios, la prontitud y energía de su voluntad. Pero lo más grande, lo que hacía tan ilustre á este caballero, era su fe, el ardor con que amaba á la Iglesia, y la inflexible rectitud de su conciencia. Era de esos hombres á quienes el sentimiento del deber domina en todo, que no creen puede titubearse un minuto en obedecer, aunque debiesen perderse mil vidas, y que elevados sobre sí mismos por la firmeza de sus principios, sólo necesitan una ocasión para ser héroes. No faltó esta ocasión en la agitada vida del Presidente, y más de una vez se le vió elevarse al heroísmo tan sencilla y naturalmente, que podemos decir lo hizo sin pensar siquiera en ello.

Juana aspiró, desde luego, en los brazos y de la boca de este hombre de bien, no se qué de viril y ardiente, sensato y resuelto, que fué uno de los rasgos marcados de su varonil carácter. La fe penetró profundamente en su alma tierna, é iluminó su entendimiento antes que la razón se despertase. Muy pequeña, y casi mamando aún, no podía ver un hereje sin llorar amargamente. Si

(1) Los contemporáneos han notado que, nombrado abogado general á los veintidós años, y habiendo ejercido este empleo durante largo tiempo, nada propuso jamás en sus conclusiones que no fuese aprobado y seguido por la Audiencia, «particularidad que no es común—observa Paillot,—y que fué anunciada públicamente en sus exequias, en presencia del Parlamento.» (*El Parlamento de Borgoña*, pág. 86.)

algún hugonote quería acariciarla, como se hace generalmente con los niños, gritaba cuanto podía ocultando su cabecita en el pecho de su ama, y no era posible acallarla sino cuando el hereje desaparecía de su vista (1).

Tendría unos cinco años cuando, divirtiéndose un día en el gabinete de su padre, se entabló una viva discusión entre el Presidente Fremiot y un caballero protestante que había venido á visitarle. Se trataba de la Sagrada Escritura. Decía el caballero protestante que lo que más le agradaba en la religión reformada era el que en ella se negaba la presencia real de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. A estas palabras no pudo contenerse la santa niña, y acercándose con viveza al protestante y mirándole con emoción: «Señor—le dijo,—es menester creer que nuestro Señor Jesucristo está en el Santísimo Sacramento, porque así lo ha dicho Él; y si vos no lo creéis, le hacéis pasar por mentiroso.» El tono con que hablaba le admiró mucho al protestante, y quiso disputar con ella; pero le dejó parado con sus sabias respuestas, y encantó á todos los asistentes con el ardor de su fe. Apurado con las vivísimas réplicas de la niña, el caballero protestante quiso salir del paso terminando la cuestión como generalmente se hace con los niños, dándola dulces; pero no le salió bien, pues nuestra Juana, tomándolos en su delantal sin querer tocarlos, los tiró al fuego, diciendo: «Mirad, señor, mirad; así se quemarán los herejes en el fuego del infierno, porque no han querido creer lo que ha dicho nuestro Señor.»

Otro día que este mismo caballero se hallaba en la sala del Presidente Fremiot, discutiendo, como siempre, sobre la doctrina reformada, la santa niña se acercó á él, y le dijo: «Señor, si hubierais desmentido al Rey, mi

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 303.

padre os mandaría ahorcar; pues bien, si desmentís á nuestro Señor, estos dos Presidentes (mostrándole un gran cuadro que representaba á San Pedro y San Pablo) os mandarán ahorcar.» Con cualquier motivo, tratándose de nuestra santa Religión, se la escapaban palabras semejantes.

Encantado el Sr. de Fremiot con tan felices disposiciones, se aplicaba con el mayor cuidado á desarrollarlas completamente. Maestros, que escogió por sí mismo, se encargaron de dar á sus tres hijos la instrucción sólida y brillante que reclamaba su clase, posición y las exigencias del siglo. «Juana aprendía con gran facilidad y viveza de imaginación; se la enseñó todo lo que debe saber una señorita de su clase: leer, escribir, bailar, tocar instrumentos, la música, el canto y las labores propias de su sexo, etc., etc.» (1) Todo lo aprendía perfectamente; pero, sobre todo, en nada era tan superior, ni á nada se aplicaba con tanto esmero y atención como á las instrucciones religiosas, en que el Presidente Fremiot, su padre, era su único maestro. Por la mañana y por la noche, siguiendo las costumbres y tradiciones de su familia, reunía á sus tres hijos, y, con el amor de padre y el celo de cristiano, les enseñaba á conocer la hermosura de la Religión católica, que tanto desfiguraban los herejes.

Insistía, sobre todo, en lo necesario que es amar de corazón á la santa Iglesia Romana y al Padre común de los fieles, tanto más digno de veneración y de respeto, cuanto más desconocido y ultrajado era entonces su sagrado carácter (2). El alma de nuestra santa niña se abría con gusto, para recibir estas instrucciones vivificadas con la fe, y se la veía, aún muy joven, extreme-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 5.

(2) Declaración de la Hermana Paula Jerónima de Monthouz. «Declara esta Hermana que sabe esto por habérselo oído decir á la Condesa de Toulougeón, hija de la Bienaventurada.»

cerse de alegría ó indignación, según que su padre contaba los triunfos ó los dolores de la Iglesia.

Desde su infancia se notaba ya en nuestra Santa aquella tierna compasión hacia los pobres que debía obrar después tantos prodigios (1). La vista de un desgraciado la hacía llorar; y cuando encontraba á uno cubierto de andrajos, la parecía ver á Nuestro Señor Jesucristo, acordándose no tenía dónde reclinar su cabeza sagrada, y decía candorosamente: «Si yo no quisiera á los pobres, me parece que tampoco querría á Dios.»

La tierna devoción á la Santísima Virgen coronaba sus nacientes virtudes. Huérfana desde la cuna, en cuanto tuvo uso de razón, que pudo conocer y sentir la falta de su madre, se volvió á María rogándola la admitiese por hija; y desde entonces gustaba de llamarse y tenerse por hija suya, consultándola como se consulta á una madre, y llamándola en su ayuda en todas sus empresas, necesidades y peligros (2). Entre otras muchas gracias, le deberá muy pronto la de conservarse sin mancha en medio de las seducciones peligrosas á que se verá expuesta su juventud.

Ninguna noticia tenemos sobre su primera Comunión, que no tenía entonces la solemnidad pública con que ahora se verifica; y lo mismo nos sucede respecto á su Confirmación (3). Se sabe únicamente que al recibir este Sacramento tomó el nombre de Francisca, que añadió al de Juana; y muchos testigos han afirmado en el proceso de su beatificación que desde este día principió á sentir el deseo que tuvo siempre después de hacer

(1) Declaración de la Madre Favre de Charmette.

(2) *Proceso de Beatificación*, vol. 1, pág. 59. Todos los testigos insisten sobre esta devoción á la Santísima Virgen, que fué siempre uno de los rasgos más marcados de la vida de nuestra Santa.

(3) Los testigos se contentan con decir que fué confirmada *in aetate legitima*, en tiempo oportuno. Muchos declaran no saber en qué año ni en qué iglesia.

cosas grandes por Dios, y aun de padecer el martirio por su amor (1).

Parece que por este tiempo, y en el momento en que Juana Francisca salía de la adolescencia é iba á entrar en la juventud, sucedió un acontecimiento que acabó de madurar sus pensamientos, y la hizo volver su corazón más tiernamente á Dios. El Sr. D. Juan Fremiot, su abuelo, vivía aún, tenía setenta y cinco años, y después de haber sido una de las lumbreras del Parlamento de Borgoña, gozando completamente de sus fuerzas y facultades, en esa hermosa y robusta vejez que suele Dios conceder á la virtud, se había retirado del mundo, y empleaba el resto de una vida admirable en prepararse para los días eternos. Una mañana el Sr. D. Juan Fremiot reunió á sus hijos y nietos, y aunque se hallaba bueno como siempre, les anunció que Dios le había revelado la hora de su muerte, y que moriría al día siguiente. «En seguida montó en su mula y fué á despedirse de sus parientes y amigos, diciéndoles sencillamente que estaba de partida para la eternidad.»

«De vuelta—prosiguen las *Memorias*—nuestro piadoso y venerable anciano, hizo que el día prefijado viniese un eclesiástico á celebrar la Misa en una capillita en que podía oirla desde su cama, y dijo terminantemente que antes de que el sacerdote hiciese la última ablución exhalaría su espíritu. Pasó la noche muy devotamente, aunque con dolores, y en cuanto amaneció se confesó, comulgó, recibió la Extremaunción, y pidió se empezase la Misa, añadiendo estas hermosas palabras: «Porque antes de la última ablución, he de ir á beber el eterno néctar en el reino de mi Dios.» Oyó esta Misa con admirable devoción, y al mismo tiempo que el sacerdote elevaba el cáliz, elevó este santo an-

(1) Declaración de la Hermana María Valentina de Bellair.—Idem de la Hermana Rosalía Greyfflé.